

Viejas postales descoloridas.

LOS FORTINES DE VELAZQUEZ.

Por Federico Villoch.

Guarneciendo de una ría la entrada incierta y angosta, sobre un peñón de la costa que bate el mar noche y día, se alza, gigante y sombría, ancha torre secular que un rey mandó a edificar a manera de atalaya, para defender la playa contra los riesgos del mar.

CORRECTA décima con la que da comienzo a su magistral poema «El Vértigo», el gran poeta español don Gaspar Núñez de Arce, y que otro grande de las letras cubanas, don Aniceto Valdivia, «Conde Kostia», recitaba entre clamorosos aplausos en nuestras veladas literarias del tiempo viejo. encantándonos también con ellas en las juveniles «Noches de Versos» que llevábamos a efecto en un rincón del Parque Central los pichones poéticos de entonces, desde las doce y media, después de terminadas las funciones teatrales, hasta las tres y las cuatro, y a veces, las cinco y las seis de la mañana. Cuantas veces nos enfrentamos con el «Torreón de San Lázaro» —una de esas atalayas—nos vienen a la memoria esos inspirados octosílabos del autor de «Los Gritos del Combate», no sin dolernos del abandono e inercia en que hasta hace poco se tenía esos vestigios de nuestra historia del descubrimiento, convertidos en refugio de indigentes nocturnos, y hasta en servicios sanitarios de despreocupados transeúntes...

Las costas de Cuba están rodeadas de gran número de esas atalayas y torreones, como la de «El Vértigo», no levantados por ningún rey, ciertamente; pero sí por los subalternos de los de Castilla, y no para defenderlas de los ataques del mar, sino del de los Jacques de Sores, los Drake, los Morgan, los Richard, los Girón y otros caballeros piratas que a menudo las asaltaban, causando en ellas, en sus miserables chozas y en sus amedrentados e indefensos habitantes, más destrozos que el más formidable y desencadenado de los ciclones.

No vamos a hacer un trabajo sobre arqueología, de la que, aunque somos entusiastas, no poseemos conocimientos que valgan gran cosa, sino una modesta y pintoresca relación que, dadas las importantes circunstancias bélicas que confrontamos, puede tener su interés inmediato y su actualidad relativa. Los ministros de Defensa de aquella época, o sean los gobernadores de la Isla, se llamaban don Diego Velázquez, don Francisco Morales, don Pánfilo Narváez, Juanes Dávila, An-

tonio Chávez, Gonzalo Pérez de Angulo, Mazariago, Osorio, don Gabriel Montalvo, que fundó la noble familia de su apellido, tan conocida y apreciada en Cuba, y don Pedro Valdés, a quien le cabe la gloria de haber acabado con el contrabando de aquella época; si bien no pudo extirpar del todo esa mala hierba que siguió creciendo e invadiendo toda la Isla; don Juan de Tejada y otros; y entre los ingenieros que bajo las órdenes de estos gobernadores levantaron las primeras obras de defensa de aquella Habana primitiva, se encontraba, entre otros, don Juan Bautista Antonelli, que comenzó a construir los castillos del Morro, de la Punta, de la Fuerza, y los torreones y castilletes de Marianao, Chorrera, San Lázaro, Cojímar, Bocas de Jaruco, Gibara, Morrillo, de Matanzas; Morro, de Santiago de Cuba, etc., etc. Al presente, lo mismo el Fortín de la Chorrera, que el de Cojímar, y suponemos que todos los demás de su clase, están custodiados por soldados de Infantería de Marina, en previsión de que nos ataquen los Sores, Morgan, Richard y Girón modernos que hoy nos amenazan, deslizándose alrededor de la Isla, ocultos entre dos aguas, como voraces tiburones esperando el momento de lanzarse sobre sus víctimas...

Cuando se entra en el recinto oscuro y húmedo de estos torreones, recordamos el «Miserere», de Núñez de Arce:

¡Cuántas altas potestades, cuántas grandezas pasadas, cuántas invictas espadas, cuántas firmes voluntades en aquellas soledades muestran sus restos livianos! ¡Cuántos cráneos soberanos que el genio habitara en vida.

convertidos en guarida de miserables gusanos!

Alrededor de estas olvidadas y antiguas fortalezas, no se ven, como en el tiempo en que se alzaron, costas solitarias ni humildes chozas indias, ni campos desolados, sino que:

A medida que decrece la luz misteriosa y vaga, todo murmullo se apaga, y el cuadro se desvaneca. Con el alba que aparece el cortejo se evapora; y mientras la blanca aurora esparce su lumbre escasa, a lo lejos silba y pasa la rauda locomotora.

Muchos de esos viejos castillitos roqueros han vuelto a estremecerse algunas veces con las palpitaciones de la vida moderna: el torreón que está frente a la playa de Marianao, al que de jóvenes nos

subíamos algunos excursionistas a «ver de cerca», con gemelos de larga distancia, las lindas sirenas que se bañaban en aquellas olas y se recostaban sobre el blando lecho de aquellas arenas. Actualmente hemos visto en lo alto de la torre una antena, lo que demuestra que se ha instalado allí una estación receptora de radio; y también unos soldados de Infantería de Marina, arma al hombro, haciendo guardia. Por su construcción y especial aspecto, este castillito recuerda el que se levanta a la orilla izquierda del Guadalquivir, en Sevilla, y que se conoce con el nombre de la «Torre del Oro». Tentados estuvimos alguna vez de «tirarle una instantánea» a este torreón de Mariana; pero—¡Guarda, Pablo!—¿y si nos toman por espías del Eje?

El Castillito de la Chorrera fué alquilado al Gobierno por el doctor Pereda y nuestro primo Alfredo Villoch, y fundaron en él por el año 1903, 4, 5, un alegre y famoso club al que, siguiendo el injunjo de la época, le llamaron «El Chivo», en el que celebraban divertidos almuerzos y ruidosas cenas de arroz con pollo los artistas vernáculos más populares y conocidos de entonces: los hermanos Robreño, Sarzo, Arturo Ramírez, etc., todo lo que dió argumento para nuestra obra «El Castillo Encantado». A una invocación de uno de los personajes de la obra, surgía como una aparición, de lo más profundo de la cisterna del castillo, la espantable figura del pirata francés Jacques de Sore: todos gritan; huyen medrosos; pero una de las pardas rumberas que asistían a la bachata, lo cogía por su cuenta; lo acariciaba y le peinaba las barbas; le hacía bailar el yambú—el yambú, el precursor de la «conga»—y el feroche pirata acababa por convertirse en un pedazo de jalea de guayaba, con lo que se ponía de manifiesto el poder incontestable de Cubanacán: lo mismo le pasaría a Hitler si, por azares de la guerra, desembarcara hoy en el Castillito de la Chorrera, y se encontrara con otro grupo de jóvenes alegres como los que en aquel tiempo lo ocupaban: porque es nuestra mejor arma, nuestra música.

Nuestro primo Alfredo Villoch, uno de los jóvenes más populares de aquella época, era inteligente y simpático en grado sumo. Figuró con Frank Menocal entre los organizadores del departamento de Tiscornia, al instaurarse la República, y fué más tarde alto empleado de la Secretaría de Sanidad, en los tiempos de los doctores Enrique Núñez, López del Valle, etc., y entusiasta fundador del «Club Atlético», el primero en Cuba de su clase, instalado en la calle del Prado, en la casa que antes ocupaban los «Baños de Belot» y en la que se oía por mañana y tarde el alegre vocerío de los jóvenes socios entregados a sus peculiares ejercicios. Al lado de los antiguos «Baños de Belot», antes citados, y que se hallaban donde hoy está la parte del hotel Sevi-

lla, por Prado, existía una casita ocupada por la popular barbería Salón Benito. Esta barbería de Benito era un rincón de juventud, muy simpático y atrayente, palpitante de risas y bromas de buena ley, a la que acudían para servirse los asociados del club después de terminar sus ejercicios. El dueño y el oficial, éste un fantástico joven oriental, tenían fama de inventores. Entre los dos habían inventado cepillos, peines, moteras y perchas, que ellos llamaban «higiénicas», llegando un día su afán inventivo al extremo de «descubrir» un nuevo aeroplano, en aquella época en que aún estaban relativamente en sus principios estos aparatos voladores. Deseosos de un premio, o de un apoyo, fueron a ver un día al alcalde de La Habana, que lo era por aquella época, el inolvidable caballero, General Dr. Fernando Freyre de Andrade, de cuya visita se cuenta un gracioso detalle. Freyre oyó con gran interés la explicación de los dos jóvenes inventores, y terminada ésta, les dijo con la mayor seriedad:

—Fues bien, señores: el Ayuntamiento de La Habana está dispuesto a votar una pensión—gesto de satisfacción de los dos oyentes—para recluirllos a ustedes en el asilo de Mazorra... y para que allí no les falte nada mientras se curen de su locura.

Lo que no les hizo falta, porque con aquella categórica contestación y el consiguiente choteo que le armaron los atléticos al enterarse de lo sucedido, quedaron completamente curados de su chifladura.

Y volvamos al Castillito de la Chorrera. Gracias a las iniciativas y al entusiasmo que por todos los deportes experimentaba nuestro primo Alfredo, se celebraban frecuentemente alrededor del viejo fortín, animados concursos de natación y regatas a remo, envolviéndolo en un agradable ambiente de juventud y alegría. Alfredo Villoch falleció en 1934; su entierro fué una elocuente manifestación del aprecio que le tenían todas las clases sociales; despidió el duelo su íntimo e inseparable amigo, el doctor Carlos Manuel de la Cruz.

Al lado del Castillito de Cojímar existían los antiguos Baños de Portela, únicos de que allí por los años 1904, 5, etc., disponían los temporadistas de Guanabacoa y de aquel pintoresco caserío; y frente a los baños se levantaba un elegante chalet que un célebre político de la época —P. G.—le había regalado a una famosa artista—M. C.—su amiga: de los baños no quedan más que los huecos de las pocetas; y del chalet sólo los cimientos: en tanto, el Castillo, uno de los fortines de Velázquez, del que nos venimos ocupando, se conserva allí firme y enhiesto, como en los mejores días de su historia; resistiendo incommovible los embates de las olas y de los años, tal como las antiguas tradiciones y viejas costumbres, que no pueden arrancar ni demoler las modas ni los caprichos del día.

Sacude el mar su melena

de crespas olas rugiendo,
y con pavoroso estruendo
los aires asorda y llena.
Pero una playa de arena
su audaz cólera contiene...
¡Ay! ¿Quién habrá que refrene
el tormentoso océano,
que en el pensamiento humano
ni fondo ni orillas tiene?

Son célebres, de estos fortines, el del Siboney, próximo a Santiago de Cuba, la primera fortaleza que tomaron los americanos en la guerra contra España en 1898, por cuyo solo hecho motivos sobrados había para declararlo monumento nacional. El Castillo de Gibara, en el que se guarecieron, defendiéndose, Sergio Carbó y sus compañeros Lucilo de la Peña, Carlos Hevia, Díaz Versón y demás, en aquella arriesgada expedición contra el gobierno de Machado, en 1930, de la que les quedó el nombre de los Gíbaritos. El Torreón de la Playa de Guanabo, al que algunas veces iban a hacer ejercicios y pernoctaban los boy-scouts de Loustalot. Casi todos estos fortines fueron levantados, años más, años menos, durante el gobierno de don Diego Velázquez, pues los pueblos que éste fundó casi todos se hallaban en la costa; y era aquella la única defensa con que contaban: Puerto Príncipe se hallaba donde hoy está Nuevitas, y La Habana, en la costa sur, boca del río Mayabeque, o sea Batabanó. Los defendían en aquellos tiempos jefes militares nombrados por los vecinos de los pueblos, y llamados «capitanes a guerra», mandando cada uno un buen contingente

de milicianos que día y noche recorrían las costas.

Sería de utilidad que se abriese, por ejemplo, en el Torreón de San Lázaro, una pequeña estación de correo y telégrafo, que no dejarían de aprovechar gustosos los turistas americanos para escribir y telegrafiar a sus familiares, como un detalle pintoresco de su «Excursión to Havana». Los americanos de la Primera Intervención aprovecharon el viejo Torreón de San Telmo, que se hallaba en la calle de Cuba, antigua Maestranza, para instalar la primera planta de ozono que funcionó en La Habana, el año 1899. Se le llamaba ozono al agua de mar descompuesta por la electricidad, y que servía para regar las calles como un desinfectante poderoso: éste, uno de los Fortines de Velázquez, gracias a la útil aplicación que le dieron los americanos, «continuó matando enemigos».

Tres siglos y medio después de las épocas velazquianas, en la noche del 11 de abril de 1895, un endeble «botecito», juguete de las olas, bogaba frente a la costa Este de Guantánamo, hacia el lugar conocido por «Las Playitas», conduciendo a su bordo un escaso número de hombres, que horas más tarde desembarcaban en aquellos inhóspitos arrecifes, a la vista

del Fuerte de Yateras, otro de los viejos Fortines de Velázquez, mudo ante la portentosa hazaña, sabiendo que esta vez no se las había con Jacques de Sores, ni con Drake, ni con Richard, ni con Girón, ni con Morgan, ni con ninguno de aquellos bucaneros y piratas con los que había reñido en legendarios combates, sino con un grupo de valientes heraldos de la Libertad de Cuba, ante cuya encendida fe e insólita bravura, no valían ni cerbatanas, ni culebrinas, ni arcabuces, ni cañones, ni muros almenados, ni torreones, ni castillos, ni murallas, «ni capitanes a guerra»: Máximo Gómez, Martí, Angel Guerra, Salas, Borrero...

Escribe Martí en su Diario: Rumbamos mal. Ideas diversas y revueltas en el bote. Más chubascos. El timón se pierde. Fijamos rumbo. Llevo del remo de proa. Salas rema seguido. Paquito Borrero y el General ayudan de popa. Nos ceñimos los revólveres. Rumbo al abra. La luna asoma roja, bajo una nube. Arribamos a una playa de piedras. La Playita, al pie de Cajobabo. Mé quedo en el bote, el último, vaciándolo. Salto.

Y pues dimos comienzo a esta postal invocando el genio de Núñez de Arce—recordar al gran poeta de El Idilio, también tiene de vieja postal descolorida de la literatura—démosle fin, copiando igualmente, los versos que dice La Locura, al final de su poema La Guerra, en sus famosos Gritos del Combate:

Diéronse golpes crueles,
hasta que, hueca y ufana,
llegó la locura humana
sonando sus cascabeles.

Puso paz entre los dos,
y dijo con desenfado:
¿Qué es esto? ¿Habéis olvidado
que sois imagen de Dios?

Tal vez la inmortalidad
con justo título esperen
los que por la Patria mueren,
por Dios y la Libertad.

Pero que el hombre sucumba
en conquistadora guerra,
cuando siete pies de tierra
le bastan para su tumba;

o que en lucha fratricida,
entre, sin saber quizá,
ni por qué la muerte da,
ni por qué pierde la vida.

Esto mi paciencia apura;
y cuantas veces lo veo,
aunque soy Locura ¡creo
que es demasiada locura!

Mientras no suene la hora de La Razón, no hay más que defenderse; y no está de más, como antes indicamos, que la Junta de la Defensa Nacional aproveche, en lo que puedan ser útiles—un pistolón del tiempo de Carlos V, también hace lo suyo—Los Fortines de Velázquez.

Am, Jul 19/42

ANTONIO DOCUMENTAL
CENTRO DEL HISTORIADOR
HABANA